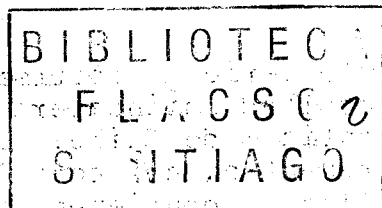




FLACSO
CHILE
Biblioteca

B219m
MD.84

MATERIAL DE DISCUSION
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 84, Junio 1986.



11.877

833,-

MODELOS DE DESARROLLO Y CONFIGURACIONES SOCIALES DESDE LA PERSPECTIVA DEL CONFLICTO.

Rodrigo Baño

Presentación a la Mesa Redonda sobre Estilos de Desarrollo en América Latina y Desafíos del Futuro, reunión organizada conjuntamente por el Instituto de Naciones Unidas para la Formación y la Investigación (UNITAR), la Secretaría de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-CHILE), los días 6,7 y 8 de enero de 1986.

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

NUEVOS TEMAS Y VIEJOS PROBLEMAS

Tal vez podría decirse que, a diferencia de otros animales, los científicos sociales no tropiezan dos veces con la misma piedra, sino que lo hacen con muchísima mayor frecuencia. De alguna manera, los nuevos temas nos vuelven a enfrentar con viejos problemas. Es lo que pareciera ocurrir cuando se trata de establecer la relación entre grupos sociales y estilos de desarrollo, puesto que aquí se vuelve a plantear como trasfondo esencial la relación entre estructura y proceso, análisis sincrónico y diacrónico, estático y dinámico, que está presente desde hace ya mucho tiempo en los estudios sociales.

No es del caso pretender aquí, en tan breve espacio y escasa capacidad, hacer alguna observación respecto de tal problema, sino simplemente llamar la atención sobre su presencia para, al menos, no estar desprevenido en cuanto a sus consecuencias.

Al parecer, el plantearse el tema del "papel de los grupos sociales en la conformación de los estilos de desarrollo" la preocupación directa se refiere más a los "desafíos del futuro" que a la caracterización del pasado. Sin negar las conocidas relaciones entre lo uno y lo otro, se aprecia la reminiscencia weberiana acerca del problema de cuál es la clase capaz de asumir la dirección política de una nación. Problema quizás tan difícil en América Latina actual como en Alemania de fines del siglo pasado.

Pero, si el problema consiste en determinar cuáles son él o los sectores sociales capaces de dirigir ciertos estilos de desarrollo, nos encontramos ante la necesidad de buscar alguna forma de articulación entre los sectores

socialmente existentes y los proyectos de acción que se puedan realizar. Estructuras y procesos, definidos en términos de clases y movimientos sociales en la nomenclatura de Touraine, precisamen ser comprendidos en su mutua significación.

Desde esta perspectiva, no basta con la mera determinación de los cambios ocurridos en la estructura social, pues los cortes que se pueden establecer en ella sólo tienen sentido en términos de las acciones que se pueda atribuir a los sectores que allí se distinguen. De la misma manera, las alternativas y proyectos de acción sólo se comprenden en relación con la existencia de grupos sociales capaces de llevarlos a cabo.

En consideración a lo anterior es que pareciera resultar adecuado enfocar el tema del papel de los grupos sociales en la conformación de los estilos de desarrollo a partir de la categoría de conflicto. Tal conflicto queda definido en términos del carácter de la dominación y del proyecto alternativo que a ésta oponen los sectores dominados.

Esta centralidad del conflicto no siempre ha estado presente en los estudios de las interrelaciones entre el sistema económico y político en la región. Por el contrario, aquellos estudios que consideran la dominación, lo hacen sin considerar a los dominados como sujeto del proceso histórico. Dicho de otra manera, el sector dominado aparece como un objeto de la dominación que carece de un

proyecto que explique su movimiento. La consideración de los dominados suele hacerse sólo en cuanto se les ve como condición, obstáculo o apoyo de las coaliciones sociales dominantes.

De lo anterior se derivan consecuencias bastante directas para la comprensión de los procesos sociopolíticos. Por una parte y en forma muy nítida, ciertos acontecimientos de gran importancia resultan inexplicables (caso de Cuba y Nicaragua para poner los ejemplos más notables). Poco vale el argumento de que se trata de situaciones especiales donde sí surge un proyecto alternativo, puesto que si antes sólo existe dominación no se vé de dónde podría salir aquél. Por otra parte, la comprensión del tipo de Estado y del sistema de dominación resulta incompleta si no se considera que en buena medida son una respuesta al proyecto de los sectores dominados.

Los denominados "modelos de crecimiento" que se suele distinguir en la región, sirven más para describir las aspiraciones e interconexiones de los sectores dominantes que para captar el conflicto que los define. En consecuencia, permanece como un "modelo" cerrado, cuya transformación pareciera deberse a un "agotamiento" de su dinámica económica.

Los estudios sobre situaciones de dependencia tienden a resaltar precisamente la interconexión entre los aspectos económicos y los sociales y políticos, aportando un enfoque que permite recuperar el carácter de proceso

histórico con que se debe enfocar el problema del desarrollo.

Pareciera que a partir de tales planteamientos es posible, brevemente, esbozar ciertas características del conflicto a través de algunas aproximaciones sobre el proyecto alternativo con que los sectores dominados enfrentan al modelo impuesto.

MODELOS DE CRECIMIENTO Y PROYECTO ALTERNATIVO

Como es bien sabido, la caracterización de la gestión económica latinoamericana, en términos de "modelo de crecimiento hacia afuera" y "modelo de crecimiento hacia adentro", implica profundas diferencias tanto en la organización social como en el control político. De la misma manera, la alternancia de estos modelos no es paradigmática ni simultánea en los diversos países de la región, aun cuando pueda considerársele la tendencia predominante en ella durante largo tiempo.

Ahora bien, los intentos de caracterización del denominado proyecto popular alternativo permiten, al menos, establecer cierta correspondencia entre éste y los modelos de crecimiento prevalecientes, contribuyendo a delimitar el conflicto central que permite cierta comprensión acerca de la relación entre actores y acciones sociales en situaciones definidas.

El primer tipo se corresponde aproximadamente a lo que se conoce como modelo de crecimiento hacia afuera. Aquí el proyecto popular alternativo se caracterizaría por el enfrentamiento pueblo oligarquía con una difusa conciencia acerca del carácter de clase del conflicto y del problema del poder político. El proyecto popular asume fundamentalmente un socialismo de carácter expropiatorio y de reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil.

La configuración estructural de los sectores populares estaría dada por una gran masa de campesinado no asalariado, núcleos obreros y mineros de fuerte cohesión y sectores de trabajadores urbanos por cuenta propia o en servidumbre doméstica.

En la medida que la dirección del proceso está en los núcleos obreros o mineros, adquiere un fuerte carácter antisistema de inspiración predominantemente anarquista. Pero, incapaces de incorporar nacionalmente al campesinado, termina por quedar aislado en jornadas heroicas. Por el contrario, cuando el movimiento es esencialmente campesino no logra una mayor difusión, pero sus movilizaciones son de carácter defensivo frente al avance de la hacienda moderna y despreocupadas del problema del Estado. Ello permite que fracasen incluso cuando triunfan (caso mexicano y, menos típico, Bolivia).

Otro tipo correspondería a lo que se conoce como modelo de crecimiento hacia adentro y que, en lo que respecta al proyecto popular, correspondería al período de alian-

za de clases.

Aquí la configuración estructural se corresponde con un fuerte sector obrero o, al menos, en clara expansión, con disminución de la masa campesina y proletarización del trabajador urbano.

La alianza puede expresarse en el Gobierno a través de una persona o un partido (Perón en Argentina, Vargas en Brasil, Acción Democrática en Venezuela) o como acuerdo de partidos políticos (Chile del Frente Popular). Ella se orienta a impulsar la industrialización, lo que permitiría no sólo posibilidades de mejorar su participación en el producto, sino también aumentar el número y organización de la clase obrera.

La exclusión del campesinado y de sectores de marginalidad urbana, como parte del precio de la alianza, debilita al sector popular. Al aumentar el conflicto entre acumulación y distribución, éste termina por resolverse a favor del primero gracias al fortalecimiento del Estado que la misma alianza ha provocado sin modificar su carácter.

Muy esquemáticamente se describen aquí ciertos rasgos típicos del conflicto que se corresponden con configuraciones sociales típicas y determinados modelos de dependencia (entendidos como forma de organización de la dominación). Eso no significa que sean los únicos ni que presenten un carácter estático, puesto que la lucha implica

que se produzcan transformaciones en las alianzas y correlación de fuerzas que van cambiando tanto la forma de dominación como el proyecto alternativo.

Es así como el proyecto expropiatorio de los sectores populares puede coincidir con una radicalización de capas medias que ven cerradas las vías de acceso a la participación en el poder debido a la existencia de una oligarquía excluyente. En tal caso, la insurrección antioligárquica puede conducir al predominio de sectores de capas medias y burguesía emergente que, al lograr acceder a parte del poder, logran recomponer la dominación (como sería en los citados casos mexicano y boliviano).

Pero también ocurre que el proyecto popular alternativo a una dominación marcadamente oligárquica, que coincide con la radicalización de capas medias excluidas, logra hegemonía en la constitución de un contrapoder estatal. La debilidad del Estado, en cuanto base de sustentación social y la presencia directa del imperialismo, facilitan la empresa de un proyecto de construcción nacional con hegemonía popular (Cuba y Nicaragua parecieran ser experiencias de este tipo).

A su vez, la viabilidad de estos proyectos está muy directamente relacionada con características de la configuración estructural. En el caso, la hegemonía popular pareciera corresponderse con una situación en que la fuerte presencia del campesinado se combina con una creciente proletarianización y una urbanización reciente.

En cuanto al proyecto de alianza de clases, el aumento del conflicto entre acumulación y distribución, que se agudiza en situaciones de depresión económica, lleva a la elaboración de un proyecto de construcción de un bloque popular amplio orientado a la transformación del carácter del Estado para desde ahí redefinir las relaciones económicas. Este proyecto pareciera coincidir con los avances del modelo capitalista, dependiente asociado e intenta ampliar la base de asalariado urbano, hacia el campesinado y buscar el apoyo de capas medias. Chile de la Unidad Popular, Argentina del peronismo de izquierda, Uruguay del Frente Amplio, Brasil de Goulart, serían situaciones aproximadas en mayor o menor grado a esta alternativa.

El problema es que tiene que enfrentar a un Estado fuerte, de amplias capas medias que lo legitiman y de desarrollada burocracia civil y militar. La agudización del conflicto lleva a su derrota a través de regímenes militares que se definen precisamente por su carácter antipopular.

EL CARACTER ACTUAL DEL CONFLICTO Y LOS SECTORES SOCIALES

Tratar de caracterizar la situación actual es extremadamente difícil dado la escasa distancia que es posible adoptar para apreciar tendencias de mediano y largo plazo. Los modelos de "crecimiento hacia afuera" y "crecimiento hacia adentro" parecieran haber perdido relevancia y los proyectos alternativos que se le han opuesto,

enfrentamiento oligarquía pueblo y alianza de clases, parecen difíciles de reeditar en sus formulaciones originarias.

Lo anterior no significa que no subsistan características de estos tipos de conflicto, los cuales, incluso, eventualmente pueden ser centrales en determinadas situaciones nacionales. Sin embargo, ellos ya no dan cuenta de la principal tendencia en el proceso social de la región. Por el contrario, puede señalarse que la tendencia prevaleciente es la del modelo de capitalismo dependiente asociado en la que Brasil aparece como uno de sus pioneros y en la cual encaja también con relativa facilidad México. Pero que en estos dos países el modelo esté más desarrollado, lográndose un mayor equilibrio entre exportación y producción para el mercado interno, no significa que en el resto no esté también imponiéndose, aunque adopte modalidades particulares.

Pese a las variaciones que se encuentran, dos rasgos generales permiten caracterizar el modelo. Uno de ellos es la triple alianza que se produce entre el Estado empresarial, multinacionales y empresa nacional. El otro es la internacionalización del mercado interno tanto de productos como de fuerza de trabajo. En cuanto al producto, como éste es de cierta sofisticación, requiere de procesos de concentración de renta que permita que una proporción, aunque reducida de la población, pueda transformarse en mercado de ellos. En cuanto al trabajo, necesita bajar los costos de la mano de obra para que el capital

pueda mejorar su tasa de ganancia a través de la producción en la periferia.

Las afinidades que suelen encontrarse entre el desarrollo de este modelo de capitalismo asociado y los regímenes políticos de corte autoritario no son casuales.

Sin embargo, ello no significa, como algunos han pretendido, que sean los requerimientos propios del nuevo ordenamiento del sistema capitalista mundial los que provocan los cambios de régimen político. Con ello se insiste muy unilateralmente en la visión de la amplitud de grados de libertad con que actúan los sectores dominantes.

De alguna manera, esta transformación del régimen político está indicando la conveniencia de adoptar una perspectiva del conflicto más que una enfocada en el actuar de los sectores dominantes. Incluso se podría señalar que es la existencia de un proyecto popular, que amenaza las bases mismas del sistema, lo que mejor explica la emergencia de estos regímenes autoritarios. La necesidad de reprimir al movimiento popular es la que lleva al autoritarismo, autoritarismo que no dispone de otro modelo que el de capitalismo dependiente asociado.

Frente a este modelo, el proyecto alternativo pareciera orientarse fundamentalmente en términos de construcción nacional, a través de una recomposición política que permita evitar el agudo corte social que significa la vigencia de un modelo fuertemente excluyente.

El carácter del conflicto estaría dado por el elemento exclusión inclusión, que se superpone al conflicto capital trabajo que se plantea en términos a menudo corporativos.

La configuración social estructural, producto de la tendencia señalada y a la vez hecha significativa en términos del conflicto, condiciona la formulación del proyecto alternativo de unidad nacional que pareciera derivar hacia variantes de capitalismo nacionalista o de rupturas de carácter socialista populista.

En efecto, el examen de las modificaciones que se han ido produciendo en la estructura social permite señalar algunos aspectos generales que inciden en las posibilidades de los modelos alternativos.

En primer lugar, se aprecia que persiste el acelerado proceso de urbanización, el cual sólo tiende a declinar en situaciones en que la población agraria ha llegado a niveles muy bajos, como es el caso de Argentina y Uruguay.

En segundo lugar, tiende a consolidarse el sector asalariado urbano en las unidades productivas más modernas. Las excepciones de Argentina y, más fuertemente Chile, requerirían una explicación adicional.

En tercer lugar, hay un marcado aumento del sector marginal urbano. Esto se manifiesta en un fuerte aumento de la desantía urbana, una mayor presencia del sector pro-

ductivo informal y el crecimiento de la pobreza, producto de la disminución de los salarios reales.

Dado estos aspectos generales, es posible considerar la existencia de una configuración estructural en la que se asiste a un fuerte retroceso en la capacidad integrativa del sistema. Pero esto no significa retrotraer la situación a períodos anteriores, puesto que el proceso de urbanización elimina las bases de la dominación oligárquica en el campo y genera una masa urbana de características poco predecibles en cuanto a movilización social y política.

El corte social aparece como asociado en forma bastante estrecha a la internacionalización del mercado interno, propia del nuevo carácter de la dependencia, con lo cual adquiere mayor fuerza el proyecto alternativo orientado en términos nacionales. Sin embargo, este mismo corte social entre los que están dentro y los que están fuera del circuito dinámico de producción internacionalizada, hace que también resulte muy difícil que se produzcan alianzas de cierta inclusividad que permitan una transformación del modelo imperante.

En estas circunstancias, no ha de extrañar que el conflicto adquiera en algunos casos el carácter de enfrentamiento que, dada la dificultad de generar alianzas que cambien la correlación de fuerzas, puede prolongarse durante algún tiempo. Al mismo tiempo, ese mismo conflicto puede derivar hacia la recomposición de una política de alian-

zas que permita mantener la exclusión bajo control a través de la cooptación del sector asalariado más integrado y en la expectativa de un desarrollo capitalista que permita un mayor grado de inclusión social.

Sin embargo, es necesario considerar también que el modelo de capitalismo asociado enfrenta serios problemas, los cuales se manifiestan, tanto en la caída del PIB por habitante, que empieza a mostrar signos negativos para todos los países de la región (excepto Cuba) desde comienzos de la década de los ochenta, como en el grave problema de la deuda externa. En consecuencia, resulta probable que aumenten las presiones hacia un carácter más nacional del capitalismo, el cual podría encontrar sus bases en las grandes empresas estatales y "sus empresarios". Estas presiones agudizarían las tensiones entre sectores dominantes, pero parece poco viable que se pueda sustituir el modelo sin una movilización social de tipo nacional.

Como se señalaba al comienzo, resulta muy difícil levantar hipótesis acerca del futuro desarrollo del proceso. No obstante, es posible señalar al menos ciertos problemas en relación a los grupos sociales y sus comportamientos probables. Dentro de esto cabría señalar que el conflicto en torno al eje inclusión-exclusión tiende a adquirir mayor fuerza. Esto se manifiesta, paradójicamente, tanto en el desarrollo de movimientos políticos de carácter integrativo, con una fuerte apelación simbólica a lo nacional, como en aparición o mayor auge de posiciones de enfrentamiento extraparlamentarias.

La transformación de los regímenes autoritarios ofrece buenos ejemplos de ambas variedades. En algunos casos prima la presencia de la movilización nacional de la ciudadanía en términos de democracia como derecho común (Argentina, Brasil, Uruguay). En otros prima el enfrentamiento como mecanismo de ruptura (El Salvador, Bolivia). Y en otros se combinan ambas alternativas (Chile, Perú).

Dado que la posibilidad de transformar la actual tendencia al capitalismo asociado sólo parece posible a través de una vasta movilización social de carácter nacional, el corte social existente aparece como un serio obstáculo. Las únicas movilizaciones nacionales posibles son aquéllas centradas en aspectos simbólicos que no afectan las posiciones sociales establecidas. La actual forma de organización de la dominación y el proyecto nacional popular que se le opone como alternativa definen un conflicto de difícil solución debido a la situación de equilibrio que plantea la exclusión social con las características que actualmente presenta.

Puestas así las cosas y sin desatender los conflictos internos entre sectores en el poder a que hemos hecho anterior referencia, las posibilidades de un proyecto nacional popular alternativo parecieran descansar en alguna forma de articulación que permitiera combinar el eje exclusión/inclusión con el eje clasista capital/trabajo. No obstante, la condición de exclusión es contraria a las posibilidades de organización de acciones de carácter colectivo, por lo cual sólo cabe la organización de tipo político.

El problema es, pues, qué tipo de organización política podría desarrollar tal acción entre los sectores populares. Se encuentra aquí el principio de valorización del espacio político institucional cuya centralidad se ha hecho evidente en la discusión respecto a los regímenes políticos y a la nueva institucionalidad.

Es muy probable que sea en ese terreno donde se jueguen las posibilidades de salida del conflicto actual. Dicho de otra manera, la definición del sistema político (partidos y formas de participación institucionalizada) pasa a constituirse en un centro crucial de las alternativas en juego.

El esquematismo de la presentación resulta evidente y, en el presente documento, inevitable. No basta como disculpa el reconocimiento de que "los diversos países de la región presentan realidades muy distintas", puesto que se pretende que el esquema general tenga validez al menos como tendencia. En tales circunstancias, sólo resta esperar que estudios más concretos de situaciones definidas permitan un mejor conocimiento de la siempre problemática relación entre actores y acciones, estructuras y procesos.

